

Sharon Kay Penman

Señor del norte
La Guerra de las Rosas
Libro II

Traducción de
Carlos Gardini

 ALAMUT

1

Coventry
Mayo de 1471

Ana Neville tenía una margarita en la mano. Sentada al sol ante la ventana en el primer día de su cautiverio en Coventry, arrancaba los pétalos uno por uno y los acomodaba en el regazo. Había encontrado la flor en el asiento de la ventana poco después de que los hombres de William Stanley las escoltaran al vestíbulo del priorato, donde las rendrían mientras él iba a anunciarle a su soberano que la francesa ya estaba bajo llave.

Ana estaba segura de que la margarita era un mensaje, para transmitir un pésame que era arriesgado expresar en palabras. Un partidario de Lancaster había dejado ese símbolo. Hacía tiempo que la margarita era emblema personal y flor favorita de Margarita de Anjou. Ana no había mencionado su descubrimiento y, mientras aguardaba la llegada de su primo Eduardo, se dedicó a arrancar y desperdigar los niveles pétalos, contándolos con cuidado. Cinco... seis... siete pétalos arrancados del corazón amarillo. Uno por cada uno de sus siete días de viudez.

Alzó la vista y miró a su suegra, al otro lado de la cámara, estudió sin piedad los estragos que la semana anterior había causado en ese rostro otrora hermoso. Ana no se había educado en la escuela del odio. Hasta que siguió a su padre al exilio en Francia, no había sabido qué era odiar a otro ser humano, nunca había tenido motivos para ello.

Pero después de Amboise había aprendido deprisa. Había llegado a odiar a Eduardo de Lancaster más de lo que le temía, odiaba el desprecio con que él hablaba del padre de Ana, odiaba que se ufanara de las sangrientas represalias que se proponía tomar contra la Casa de York, odiaba que se riera del miedo que sentía ella. Ante todo, odiaba las noches en que el tedio o la falta de otras amantes lo llevaba al lecho de Ana y ella debía someterse a sus exigencias físicas, acatando en silencio porque él era su esposo y tenía derecho a usar su cuerpo como

deseara, porque ella le pertenecía. Esa pérdida de identidad desgarraba el espíritu de Ana mucho más que el dolor físico y la humillación de la intimidad forzada. En esas ocasiones ya no era Ana Neville, ya no era ella misma, y su única función era satisfacer las necesidades de Eduardo, necesidades que podía satisfacer cualquier cuerpo suave y femenino. Había sabido, desde luego, que tendría que someterse a su esposo. La sumisión era el deber de la esposa, y el derecho del marido. La Madre Iglesia establecía que la esposa debía obedecer al cónyuge sin cuestionamientos ni vacilaciones. Pero con Édouard, Eduardo de Lancaster, todo iba más allá de la sumisión. Ella intuía que era menos una esposa que una pertenencia que él usaba a su antojo. Llegó a odiarlo con toda la pasión que no llevaba al lecho.

Durante esos dos días de pesadilla que siguieron a la batalla, Ana pasó mucho tiempo orando, agradeciendo a Dios Todopoderoso que hubiera dado la victoria a York, que hubiera velado por la seguridad de sus primos yorkistas. Estaba segura de que Margarita sabía que su hijo había muerto. Desde la llegada al priorato de Little Malvern, Margarita apenas había hablado, apenas probaba bocado y las velas ardían en su estancia toda la noche. Margarita tenía que saberlo. Sólo faltaba que sir William Stanley se plantara ante ella en los escalones de piedra que conducían a los aposentos del prior.

—Madame —le había dicho con manifiesto deleite—, podéis consideraros una prisionera de Su Soberanísima Gracia, el rey Eduardo Plantagenet, cuarto de ese nombre desde la Conquista. —Había sonreído, saboreando tanto el momento que las mujeres supieron de antemano lo que seguiría—. Debemos trasladarnos de inmediato a Coventry, por órdenes del rey. Si por mí fuera, os despacharía en el acto, para que os reunierais con el hideputa Somerset y vuestro cachorro bastardo en el infierno.

Margarita no emitió el menor sonido; ni siquiera parecía respirar. Defraudado por la falta de reacción, Stanley procuró azuzarla dando detalles de la muerte de su hijo.

—Ensartado mientras pedía clemencia a mi señor de Clarence, como un vulgar cobarde.

Ella aún lo miraba sin decir nada. Al principio Ana pensó que Margarita, con su empecinado orgullo, no deseaba perder la compostura ante un truhán como Stanley, pero pronto notó que no era eso, sino que la reina lancasteriana miraba a Stanley con ojos ciegos. ¡Conque no lo sabía! Ana miró intrigada a Margarita, maravillándose ante la capacidad de las mujeres para aferrarse a la esperanza hasta el último momento, hasta que se enfrentaban a un William Stanley. Tiritó, aunque estaba al sol, y sólo entonces atinó a pensar en lo que significaba para ella la muerte de Lancaster.

Stanley puso fin a sus infructuosas provocaciones y accedió a la solicitud de la airada condesa de Vaux, que pidió permiso para que las mujeres recogieran sus pertenencias en la estancia de Margarita.

Sólo entonces, a puerta cerrada, Margarita se quebró. No derramó lágrimas, sólo cayó de hinojos, como una muñeca rellena de serrín súbitamente desprovista de apoyo. Se arqueó tal como se había arqueado la madre de Ana muchos años atrás, al sufrir un ataque durante la misa del gallo, perdiendo otra hija más antes de que pudieran llevársela de la capilla de Middleham. Margarita se abrazó el cuerpo como había hecho la madre de Ana, meciéndose, sin prestar atención a sus damas, sin prestar atención a nada salvo esa angustia feroz y salvaje que para los testigos no se distinguía del dolor físico.

Ana fue la única que no se acercó a Margarita; se quedó mirando desde la puerta. La había pasmado la innecesaria brutalidad de Stanley, su regodeo en la situación. Ahora le llamaba la atención que pudiera presenciar un sufrimiento tan espantoso, una pesadumbre tan intensa, sin conmoverse. Debía carecer de toda caridad cristiana, pensó, con ese extraño y gélido distanciamiento que había empezado a desarrollarse desde su boda de diciembre.

¿Qué más daba? ¿Qué piedad le habían demostrado ellos? ¿Qué condolencias le habían brindado a la muerte de su padre? Margarita incluso le había reprochado los peniques que había debido pedir prestados para comprar tintura en Exeter, para transformar dos vestidos en prendas de luto.

No, no lloraba por Lancaster. No le importaba que hubiera perecido tan joven y tan violentamente. Le alegraba que estuviera muerto. Y mientras miraba a la mujer que se contorsionaba sobre el suelo cubierto de juncos, azotada por los sollozos secos de una pesadumbre que trascendía el alcance de las lágrimas, Ana pensó que ésta era otra razón más para odiarlos, que la hubieran transformado en algo tan parecido a ellos que podía complacerse en la muerte de otro, que podía ser una testigo indiferente del desgarramiento del alma de una mujer.

Pronto descubrió que los soldados de Stanley no la trataban como a Margarita, sino con cortesía, incluso con deferencia. Durante el viaje a Coventry, sólo una vez la habían abordado con insultante familiaridad, y el soldado ofensor fue amonestado de inmediato. Hasta Stanley le había manifestado una consideración que le parecía totalmente fuera de lugar, y además desagradable, pues ella habría preferido no hablarle. Quizá aún quedara gente que respetaba la memoria de su padre; había hombres de Yorkshire entre los soldados de Stanley. Quizá el recuerdo de la lealtad a los Neville inspiraba cortesía hacia la hija del conde. Ana no lo sabía, pero lo agradecía.

Nunca tuvo la menor duda de que, por sombrío que fuera su futuro bajo el dominio de York, como hija y viuda de rebeldes muertos, estaría mejor con su primo Ned de lo que hubiera estado como la esposa indeseada de Eduardo de Lancaster. No conocía tanto a Ned, pero estaba segura de que no la encarcelaría como a Margarita, ni la castigaría por los pecados de Lancaster o los Neville.

Su mayor temor, mientras se dirigían a Coventry, era que su destino fuera el silencio de un convento de muros blancos. No quería pasar el resto de su vida como monja. Pero sabía, a su pesar, que para Ned sería el modo más amable y conveniente de liberarse de ese incordio que era la viuda de Lancaster. Y aunque Ned no pensara en ello, Jorge se encargaría de sembrar esa sugerencia y regarla hasta que echara raíces.

Ana recordó a una muchacha de la aldea que estaba al pie del castillo de Middleham. Se había casado con un soldado del padre de Ana. Según los rumores, éste se había perdido al realizar un viaje a Irlanda por encargo del conde. Pero su muerte no se confirmó y durante dos años la muchacha quedó atrapada en una situación incierta, ni esposa ni viuda. Así se sentía Ana. Se había liberado de Lancaster, pero no contaba con libertad para volver a casarse. Pues era heredera de la mitad de las vastas propiedades de su madre. Y Jorge se proponía reclamar las tierras de los Neville y los Beauchamp. Ana no necesitaba que nadie le dijera cuáles eran las intenciones de su cuñado. Hacía once años que conocía a Jorge, y ella aún no había cumplido los quince.

Era su cuñada, no su pupila. Legalmente, él no tenía ningún derecho sobre ella. Sabía que eso no le importaría. La legalidad le preocupaba tan poco como la moralidad, y tenía poder para salirse con la suya. Él no le daría autorización para volver a casarse, no le permitiría tomar un esposo que pudiera defender sus derechos. Nada lo complacería más que verla enclaustrada, olvidada por el mundo y los posibles pretendientes. Jorge la obligaría a ir a un convento, a menos que Ned se interpusiera. ¿Y por qué iba a interponerse?

Ella podía apelar a Isabel, pero no tenía demasiada esperanza de obtener ayuda de ella. Isabel no siempre era fiable, reconoció, hallando palabras neutras para formular una sospecha turbadora. Más aún, Isabel estaba sometida a la voluntad de Jorge; era su esposa. No podía prevalecer sobre él. Sólo Ned podía hacerlo, y Ned no tenía motivos para oponerse a Jorge por causa de Ana.

Ricardo podía hacerlo. Se odió por pensarlo. Pero lo cierto era que podía. Si ella acudía a él, Ricardo la ayudaría; no permitiría que la encerraran en un convento contra su voluntad. Pero, ¿cómo podía acudir a Ricardo ahora? ¿Acaso no le quedaba orgullo?

Así se atormentó durante la semana que la llevaba inexorablemente hacia Coventry y hacia un momento que la colmaba con emociones tan intensas y ambiguas que la hacían temblar. El momento en que encararía a sus primos yorkistas. ¡Cómo se mentía a sí misma! No era reacia a afrontar a Ned, sino a Ricardo. Siempre había sido Ricardo.

Su triste devaneo se disipó abruptamente por un hecho tan esperado como imprevisto, la entrada del rey.

El pulso de Ana se aceleró, cobró un ritmo vertiginoso. Pero sólo reconoció dos rostros entre los acompañantes de su primo de York, el de William, lord Hastings, y el orondo Stanley. Respiró más despacio e imitó a las demás mujeres, que se inclinaban en sumisas reverencias.

Sólo Margarita permaneció de pie, una silueta tallada en hielo esperando mientras Eduardo cruzaba la habitación. Se detuvo ante ella, se dispuso a hablar. Ella no le dio la oportunidad. Movi6 la mano con asombrosa celeridad. Las damas y los acompañantes del rey jadearon, pero 6l detuvo diestramente el golpe, retorciéndole la muñeca para apartarle la mano con desdeñosa facilidad.

Se hizo un horrorizado silencio. Su primo Ned siempre había sabido ocultar sus pensamientos, y su rostro era inescrutable. Como los demás, Ana sólo podía esperar.

Margarita miró a Eduardo de hito en hito, y manchas oscuras le encendieron los pómulos. Esperando que 6l reaccionara con violencia, contando con ello, luchó con el silencio del rey.

—Habladme de mi esposo —graznó al fin con voz ahogada—. ¿Aún está con vida?

En su séquito, Eduardo era el único que no parecía ofendido por el insulto. Asintió lacónicamente.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó ella, y una vez más los presentes prorrumpieron en exclamaciones de consternación o de furia.

—El suicidio es un pecado mortal, madame —declaró Eduardo—. Y el pecado no disminuye si vos no cometéis el acto pero instigáis a otro a cometerlo.

Ella se llevó una mano a la garganta palpitante.

—¿Qué queréis decir?

—Quiero decir que no lograréis que os mande al tajo. Por mucho que lo merezcáis, o lo deseéis.

—No perdonasteis a mi hijo —dijo ella con voz pétrea.

Eduardo no se molestó en negar la acusación, en recordarle que su hijo había muerto en el campo de batalla.

—No me mancharé las manos con sangre de mujer —dijo en cambio, con insultante compostura.

Margarita inhaló tan profundamente que todos vieron al movimiento del pecho. Su semblante expresaba un odio inconfundible, pero

extrañamente contenido. Como si sólo quedara el recuerdo de sus emociones, pensó Ana; quedaba la luz, pero no el calor, como si el sol hubiera cedido el paso a una perpetua luna sombreada.

—¿Aunque fuera una merced? —preguntó Margarita con voz apagada, y Ana sintió un involuntario destello de piedad.

Por primera vez, la emoción asomó a los ojos de Eduardo. Por un instante de franqueza, reflejaron un odio no curado, dieron un atisbo temible de una llama abrasadora y azulada, que resultaba más intensa por estar bajo una implacable restricción.

—Sobre todo si fuera una merced, madame —dijo incisivamente, y se alejó.

Posó los ojos en las demás mujeres, las esposas y viudas de Lancaster. El corazón de Ana volvió a acelerarse. Cuando el rey se acercó, ella se inclinó en otra reverencia. Él agachó la cabeza y por un breve instante Ana sintió que la boca de él rozaba la suya. Apenas conocía a ese primo de temible prestancia, no sabía qué esperar; pero ciertamente no esperaba esto, ser tratada como si fuera un tesoro añorado y recobrado. Él la tocó con manos cálidas, la miró con ojos aún más cálidos, del azul más profundo y claro que ella jamás había visto, y su voz, como la de su hermano, bastó para llenarla con un caudal de sentimientos tan placenteros como dolorosos.

—Bienvenida a Coventry, Ana —le dijo con asombrosa dulzura—. Bienvenida a casa, querida.

Ana estaba a solas con Eduardo, pero no sabía qué decir, sólo pensaba que si algún hombre había nacido para ganar, para ganar siempre, era su primo. Santa Madre de Dios, ¿por qué su padre no había logrado entenderlo?

—Querida, pareces un cordero arrojado a la guarida del león. ¿Qué esperabas de mí? ¿El potro de tormento?

Eduardo no era el primero que se dejaba engañar por la timidez superficial de Ana, y quedó encantado con la sinceridad de su respuesta.

—No osaba pensar que me perdonaríais, majestad. A fin de cuentas, soy la viuda de Eduardo de Lancaster.

—Eres mucho más que eso, Ana. Eres mi prima; tenemos la misma sangre. Más aún, sólo tienes quince años y dudo que te hayas casado por elección propia. ¿O me equivoco? —Sin aguardar su respuesta, le alzó la barbilla, regalándole una cálida sonrisa—. Somos parientes, Ana, y eso cuenta mucho más que un breve matrimonio forzado con un joven que ya ha perdido la vida. —Omitió la razón principal, que su hermano la quería.

—Vuestra Gracia... —Qué extraño que una amabilidad inesperada

fuera tan perturbadora como la indiferente crueldad que había hallado en Francia. Él era más amable de lo que ella había osado esperar, y las defensas arduamente construidas en el último año se desmoronaban; la comprensión era la única arma que no podían resistir.

—Ned —corrigió él afectuosamente—. Conque de veras temías lo peor. —Con genuina sorpresa—: Eso no es muy halagüeño para mí, ¿verdad? —Le sonrió, asiéndole la mano mientras decía traviesamente—: Dime, dulce prima, ¿qué crees que haría Dickon si yo te arrojara a las profundidades de una mazmorra o te enclaustrara en un convento? —Le intrigó lo que podía lograr con la mera mención del nombre de su hermano.

Un rostro arrebolado. De pronto Ana sentía fiebre, mareos. ¿Por qué Ned pensaba que su trance le importaría tanto a Ricardo? ¿Y por qué hablaba con ese tono juguetón, incluso aprobatorio?

—Ricardo... ¿todavía piensa en mí?

—En ocasiones, creo —dijo él secamente.

—¿Y qué piensa? ¿Qué piensa de la traición de mi padre? Ricardo lo amaba, ¿sabéis? Pero si mi padre hubiera triunfado en Barnet, Ricardo estaría muerto y yo... un día habría sido reina, la reina de Lancaster... —Estaba perdiendo el control, pero logró articular la palabra «reina» como si le quemara la boca.

Le había dicho más sobre el año anterior de lo que él deseaba saber.

—No, Ana. No, pequeña.

Él le besó la frente y sacó un pañuelo del jubón. Ella se estaba enjugando las lágrimas con el blasón finamente bordado de una Rose-en-Soleil cuando él la llamó desde la ventana abierta.

—Ah, al fin. Ven aquí, querida.

Ana lo entendió aun antes de llegar a la ventana y aferrar el marco para mirar el jardín del priorato. Él iba montado en un rebelde caballo castaño y reía. Alzó la vista, sin saber, y ella pensó que habría podido ser español de no haber sido por los brillantes ojos del color del cielo. Cabello renegrido y rostro curtido por el sol. El moreno de una familia rubia. Su primo Ricardo. La última vez que lo había visto, no había habido risas entre ellos, sólo silencio. Pero ahora se reía, en el patio de Coventry, impartiendo órdenes con la seguridad nacida de su cuna y de una notable victoria obtenida sólo siete días atrás. Y Yorkshire... ¿qué podían significar para él Yorkshire y Middleham ahora?

Ana se apartó de la ventana. Transcurrieron diez lentos minutos. Y de pronto Ricardo apareció, de pie en la puerta, con un saludo congelado en los labios y con ojos sólo para Ana.

Eduardo sonrió.

—Dickon, creo que olvidé decirte que éste era el día en que Stanley traería a Coventry a la ramera francesa... y a nuestra bonita prima,

Ana Neville. —No se quedó; tenía un sentido del dramatismo demasiado afinado y un sentido de la oportunidad innato e instintivo—. Bien, muchacho, creo que me necesitas aquí tanto como Egipto necesitaba las diez plagas.

Tras la puerta cerrada resonó el eco de sus carcajadas.

Ricardo se acercó rápidamente a Ana. Ansiaba estrecharla en sus brazos, pero se limitó a un beso de primo; sus labios apenas rozaron la comisura de la boca.

—Bienvenida a casa, Ana.

Repetía sin saberlo el saludo de su hermano, pero nadie había pronunciado ese nombre como Ricardo, como una acariciante palabra de afecto. Ana se delató con su rubor, pero no dijo nada; no confiaba en su voz. Una vez, años atrás, había aceptado el reto infantil de Francis Lovell y había bebido dos copas de borgoña en rápida sucesión. Ahora se sentía igual, mareada y achispada, el rostro inflamado, las manos heladas. ¡Cuán grises eran los ojos de Ricardo! Sin embargo, ella siempre los había recordado como azules. No podía creer que él estuviera allí, que pudiera tocarlo. Sólo tenía que estirar el brazo. Pero diecinueve meses... Diecinueve meses era una vida; para ambos, una vida.

Ricardo titubeó. También él estaba desconcertado por esa cercanía, después de tantos meses, y por su persistente silencio. No había pensado que el reencuentro sería así. Ella parecía temerosa... Pero no podía tener miedo de él. Esa idea le resultaba intolerable, pero a continuación pensó algo peor. ¿Y si ella había aprendido a amar al apuesto hijo de Margarita? ¿Ella lloraba a Lancaster? ¿Era por él que vestía de luto?

—Lamento de veras la muerte de tu padre, Ana. Yo nunca lo habría permitido.

Ella inclinó la cabeza. Sabía eso con la misma certeza que sabía que el sol despuntaría cada mañana en el este, que Su Santidad el papa era infalible y que la ambición, más que ningún pecado denunciado por la Santa Iglesia, llevaba a los hombres a la ruina.

Desconocidos, pensó Ricardo a su pesar; era como si de pronto fueran desconocidos. Retrocedió, evaluándola. Estaba más alta que la última vez, y más rellena, con curvas en lugares que antes eran chatos, y un rubor agraciado; pero demasiado crispada, demasiado flaca, y la sortija de boda era de un brillo cegador y blasfemo contra la oscuridad de su vestido de luto. Cabizbaja, le miraba la espada que le colgaba de la cadera. ¿Acaso la imaginaba empapada con la sangre de Barnett y Tewkesbury?

—Ana, nunca te he mentado y no te mentaré ahora. No lamento la muerte de Lancaster. Si aquella mañana nos hubiéramos enfrentado en combate, habría hecho todo lo posible por quitarle la vida con mis

propias manos. Pero lamento profundamente el pesar que su muerte te pueda haber causado.

—¿Pesar?

Ana lo miró boquiabierta. ¿Pesar? ¿Por Lancaster? ¡Virgen santa, Ricardo no podía creer que ella amaba a Lancaster, que había ido a su lecho voluntariamente!

—¡Oh, no, Ricardo! —Tras pronunciar su nombre sintió la necesidad de repetirlo, como para demostrar que podía decirlo, después de un año de silencio forzado, un año en que a menudo había oído ese nombre escupido como un insulto—. Ricardo, ¿quieres saber cómo me sentí cuando me dijeron que había muerto?

Se le había acercado, o quizá él se había acercado, pero ya nada los separaba. Él asintió tensamente.

—Sólo podría contártelo a ti... sólo a ti —murmuró ella—. A nadie más, pues es una confesión vergonzosamente cruel e impiadosa. Verás, Ricardo, yo estaba contenta. Estaba tan contenta...

Él no respondió de inmediato, y le acarició la curva de la mejilla con dedos frescos y delicados.

—Habría dado todo lo que tengo por oírte decir esas palabras —dijo, y para ella la habitación se difuminó en un deslumbrante resplandor de luz brumosa.

Tan cerca estaban que él veía la sombra que arrojaban las pestañas; eran doradas en las raíces, y temblaban contra la mejilla cuando él le besó los labios con gran delicadeza, aunque no en un beso de primo.

2

Coventry
Mayo de 1471

Como Coventry no gozaba de la simpatía del rey, pues había ayudado a Warwick durante su rebelión, el prior Deram y el alcalde Bette habían resuelto honrar al resentido soberano con una generosa hospitalidad que lo predispusiera mejor hacia la ciudad. Habían programado un suntuoso banquete para ese domingo en Santa María, a expensas de la ciudad, pero ese sábado al mediodía era el turno del prior. El festín que se ofreció a los señores yorkistas en el salón del prior era impresionante, aun para un amante del boato como Eduardo, y Will Hastings halagó inconmensurablemente al prior cuando juró que ni siquiera Luis de la Gruuthuse, señor de Brujas, había puesto una mesa tan fina.

Will no exageraba. En vez de la habitual comida de dos platos, consistentes en tres o cuatro fuentes cada uno, les sirvieron cuatro platos de cinco fuentes, en bandejas laminadas de oro. Como era sábado, no podían comer carne, pero los cocineros del prior habían preparado varios platos de pescado que tentarían el apetito más ahito: marsopa, lucio relleno con castañas, anguila asada, esturión horneado en un «ataúd» con pasas, canela y jengibre. Azúcar, en vez de miel, para endulzar, y las copas de vino se mantenían llenas de *vernaccia*, hipocrás y malvasía, y la conclusión de cada plato era agraciada con la aparición de una compleja «sutileza» azucarada, con esculturas de unicornios, San Jorge matando al dragón y las rosas blancas de York.

Will lo había disfrutado muchísimo, aunque su mayor placer había derivado de su gusto por la diversión maliciosa, más que de los platos muy sazonados. Su diversión comenzó cuando Ricardo llevó a la mesa del rey a una muchacha que estaba contaminada de traición, por sangre y por matrimonio. Will tuvo que contener las carcajadas ante el desconcierto del camarero encargado de acomodar a sus rancios huéspedes. A pesar de su azoramiento, no puso el menor reparo cuando el

duque de Gloucester exigió que lady Ana se sentara a su izquierda, aunque así desbarató la disposición de los comensales. A esas alturas todos veían que Ricardo recibía los rayos más brillantes del Sol de York. Eso no le causaba tanta gracia a Will, pero esperaba que con el tiempo aprendería a convivir con ello.

Lo que siguió fue un espectáculo muy ameno, pues uno de los hermanos de Eduardo parecía empeñado en una sutil seducción, y el otro apenas podía tragar el malvasía porque tenía un nudo en la garganta.

Era habitual que una pareja compartiera una copa de vino y un plato y los buenos modales requerían que un caballero se ocupara del placer de su dama a la mesa antes que del propio, así como un joven bien criado que compartiera un plato con una persona mayor escogería los bocados más tiernos para los dientes del anciano. Pero Will nunca había visto la cortesía elevada a tales alturas de galantería, y mientras Ricardo era tan solícito con Ana Neville que apenas probaba bocado, la tez de Jorge cobraba un interesante matiz del verde, para gran satisfacción de Will.

Una vez que concluyó la comida y se volcaron las sobras en platos destinados a los pobres, una vez que Eduardo envió ocho chelines para que los distribuyeran entre los cocineros del priorato, y se llevaron lavamanos con agua perfumada para los comensales, todos se desperdigaron para continuar con sus asuntos. Tras cerciorarse de que Eduardo no lo necesitaba, Will siguió a Ricardo y Ana a la cámara de audiencias del prior, pues Jorge había hecho lo mismo y Will se sentía irresistiblemente atraído por el imán de una trifulca inminente.

Jorge estaba con los hermanos Stanley, pues Thomas, lord Stanley, se había apresurado a someterse a Eduardo en Coventry, para negar toda lealtad a Warwick y para remendar su raída lealtad a York. Mientras Will se acercaba, se cruzó con John Howard. Jack (como llamaban a Howard) se apresuraba a alejarse de los hombres que Will buscaba.

—Jack, he ahí una trinidad diabólica —murmuró Will, y Howard hizo un mohín al mirar a Stanley y a Jorge.

—El necio regresa a su necesidad como un perro regresa a su vómito —murmuró mordazmente—. Cualquier otro hombre ayunaría para agradecer a Dios Todopoderoso la buena fortuna de tener un hermano dispuesto a perdonar su traición. Pero éste parece empecinado en provocar su propia destrucción.

—¡Eso espero! —Will sonrió, le hizo un guiño a Howard y se acercó discretamente para escuchar.

—A fe mía que si ella se le sienta más cerca, se le pondrá sobre las piernas... o algo peor —jadeó Jorge.

Will miró a la pareja que estaba sentada en el asiento del mirador. Había oído las risas de Ricardo, que no reparaba en la furia de su

hermano. Nadie que los viera juntos podía dudar que Gloucester estaba prendado de la hija de Warwick. Y si Gloucester la defendía, Will pensó, Ned no permitiría que Clarence la despojara de su herencia.

William Stanley soltó una risotada, pero Thomas Stanley asintió, y con una frase conciliadora alabó la preocupación de Clarence por el honor de su hermana política.

—Precisamente, milord Stanley. —Jorge pareció hallar un modo aceptable de desquitar su furia, pues dijo con indignación—: Después de todo, esa muchacha es la hermana de mi esposa. Es mi deber procurar que nadie se aproveche de ella ni mancille su nombre. No permitiré que ningún hombre la trate como una cualquiera, ni siquiera mi hermano.

Will soltó una carcajada, y ellos se giraron para ver quién era, y él retrocedió deprisa, hacia el salón, donde podría reírse sin trabas. Sin duda sería un verano interesante.

El alcalde de Coventry le explicaba a Eduardo por qué la ciudad había unido su suerte a la de Warwick. Tal como él lo contaba, parecía tratarse de un gran malentendido en que los crédulos ciudadanos eran engatusados por un conde hambriento de poder.

Ricardo pronto perdió interés y volvió los ojos hacia la ventana, donde el cielo se enrojecía en un resplandor de luz moribunda, en un ocaso bello y memorable. Suspiró, se enderezó de mala gana en la silla cuando Eduardo le dirigió una mirada que era admonitoria e irónica a la vez. ¡Qué pérdida de un tiempo súbitamente precioso! Si el hombre desembuchara de una vez, podría escapar a los jardines con Ana para contemplar con ella el final del día.

Buscando un sirviente que le llenara la copa de vino, Ricardo vio con sorpresa que Rob Percy aguardaba en la entrada, tratando de llamarle la atención. Ricardo se escabulló discretamente, se acercó a su amigo.

Rob le cogió el brazo, lo llevó aparte.

—¡Ve al salón, deprisa! —exclamó—. Ana te necesita, y también Francis.

Bajaron a la carrera por la sinuosa escalera, mientras Rob se explicaba sobre el motivo de su jadeante llamada. Estaban hablando con Ana, resolló, cuando el duque de Clarence se aproximó y, sin siquiera saludar, le dijo a Ana que debía partir a Londres de inmediato. Cuando ella se opuso, él le aferró el brazo, dispuesto a sacarla a rastras del salón. Fue entonces cuando Francis intentó detenerlo. A Rob le temblaba la voz, y era muy comprensible. Era peligroso oponerse a Jorge; Francis podía pagar un alto precio por su temerario heroísmo.

Obviamente Francis había pensado lo mismo.

—No es mi propósito, Vuestra Gracia, inmiscuirme en vuestros asuntos —murmuraba con voz conciliadora—. Pero creo que vuestro hermano de Gloucester deseará hablar con lady Ana antes de que ella...

A diferencia de Francis, que tenía la cara blanca como nieve, Ana estaba tan arrebolada que parecía afiebrada. Al ver a Ricardo, gritó de alegría, soltó el brazo de Francis y fue a recibirlo. Ricardo se reunió con ella antes de que Jorge reparase en su presencia, y al mirarle la cara, sintió un impulso protector tan fuerte que borró todo lo demás de su cerebro.

—¡Ricardo, gracias a Dios que has venido! Tu hermano dice que debo ir a Londres, que debo someterme a sus órdenes.

—Calma, querida. Todo está bien. Nadie te obligará a actuar contra tus deseos, nunca más. Te lo prometo, Ana.

—¡No hagas promesas que no puedes cumplir, Dickon!

Ana se amilanó un instante, antes de recordar que ahora no tenía motivos para temer las amenazas de Jorge. Irguió la cabeza, miró a Jorge con ojos desafiantes.

Ricardo también miraba a su hermano, pero reparando en los demás. Will Hastings observaba con circunspecto interés, aunque sus ojos risueños delataban su satisfacción. John Howard no podía ocultar sus sentimientos y sólo mostraba reprobación. Más allá de Howard, Ricardo vio a los dos Stanley y, en la puerta, al conde de Northumberland, que miraba con el distante desdén que un Percy reservaba a los meros mortales.

—Sugiero que hablemos de esto a solas, Jorge —murmuró Ricardo, y señaló la cámara de audiencias con la cabeza.

—No hay nada de que hablar. Ana es mi cuñada, y si decido que vaya a acompañar a mi esposa, no te concierne.

—Ana me concierne, y mucho, y ella no quiere ir a Londres.

Un destello verdoso titiló en los ojos de Jorge.

—¡Te digo que se irá a Londres esta noche y tú no tienes nada que opinar sobre ello!

—¿No? ¡Será mejor que recapacites, Jorge!

La voz de Ricardo había cambiado, y delataba su creciente furia. No sabía por qué a Jorge se le había metido en la cabeza armar semejante escándalo en una habitación llena de testigos atentos, ni le importaba. Sólo le importaba la expresión demudada de Ana, el modo en que ella le aferraba el brazo. Se adelantó para interponerse entre ella y Jorge.

—¡Dickon, no te entrometas!

Ricardo perdió toda su paciencia.

—¡No recibo órdenes de ti, Jorge!

Se volvió hacia Ana con la intención de sacarla del salón. En eso Jorge le agarró el brazo, tironeó brutalmente para obligarlo a girarse, y

Ricardo sintió un agujonazo de dolor, una sensación abrasadora que nunca había experimentado. Le quitó el aliento, le provocó náuseas, y durante varios espasmódicos segundos sólo hubo dolor en el mundo. A través del rugido de sus oídos, oyó la acalorada protesta de Francis:

—Ése es su brazo malo.

Jorge aflojó el apretón. Aun en medio de la niebla roja de una furia desbordante, una parte de su cerebro reconoció que algo estaba mal, notó que Ricardo había palidecido, que tenía la frente y el labio superior perlados de sudor. Volvió la cabeza bruscamente al asimilar lo que decía Francis, apartó la mano como si le ardiera.

Había incredulidad en su rostro, pero también un destello de incertidumbre.

—Su brazo estaba sanando. Barnet fue hace más de tres semanas.

Francis se ofuscó tanto que olvidó que se dirigía a un príncipe de sangre real y, para colmo, un príncipe bastante rencoroso.

—Sí, estaba sanando —rugió—. Pero la herida volvió a abrirse la semana pasada en Tewkesbury. —Miró a Ricardo con preocupación—: ¿Te encuentras bien?

Ricardo había logrado superar las náuseas, había logrado aspirar aire. Sin saber si controlaba su voz, asintió en silencio y miró a su hermano. Jorge fue el primero en desviar la vista, y también fue el primero en salir del salón. Todos se apresuraron a cederle el paso.

Después de eso nada fue igual para Ana. Sabía que ya no podría comer en ese salón y le rogó a Ricardo que le permitiera saltarse la cena. Para su alivio, él accedió, dijo que tampoco tenía hambre, y cuando en el ocaso sonaron las visperas la condujo al jardín que se extendía hacia el río Sherbourne.

Ana era un manojo de nervios y tardó un rato en apreciar ese hermoso anochecer. Él había encontrado un lugar apartado dentro de un muro de sauces y espinos; el cielo cobraba un delicado color violáceo y la luna argentaba las nubes. Era muy apacible. Ella oyó el suave trinar de las aves nocturnas, reparó en la densa fragancia primaveral de la madreSelva. Tendría que haber hallado alivio en ese ambiente, pero no le ayudaba en nada.

Ricardo tampoco parecía disfrutar del jardín. Guardaba un silencio tenso y crispado. Ella no creía en sus negaciones, sabía que el brazo le dolía mucho; se le notaba en la cara. También notó que el altercado lo había afectado y, con una punzada de remordimiento, recordó que él siempre se había llevado bien con Jorge. Hasta ahora.

Por primera vez en ese día, ella rehusaba permitir que el silencio se interpusiera entre ambos, quería pronunciar cualquier palabra que los enlazara, y se puso a parlotear sobre hechos que habían ocurrido

tiempo atrás en Middleham, cuando el mundo todavía era un lugar seguro y ella afrontaba con certeza tanto el futuro como el pasado.

Ricardo, inclinado contra el tronco de una encina, la escuchaba en silencio, la cabeza morena ladeada en un gesto que ella había memorizado tiempo atrás. Con frecuencia le había visto pararse así. También le había visto hacer lo que hacía ahora: cortar una rama de tomillo de los arbustos circundantes. Él se enroscó las hojas angostas sobre dedos inquietos y flexibles, mascando distraídamente el tallo de sabor mentolado, y ella sonrió con tristeza, pensando que él nunca había podido estarse quieto. Siempre tenía que moverse, incluso mientras asistía a la misa matinal en la capilla de Middleham. Aún podía verlo, incapaz de permanecer tranquilamente de rodillas largo tiempo, moviéndose con impaciencia sobre el cojín, jugando con el cinturón decorado o con un anillo, hojeando el Libro de Horas hasta que una regañina de su madre lo obligaba a enderezarse. Ana suspiró, sin saber por qué esa reminiscencia la había entristecido. Había pasado mucho tiempo, y muchas cosas habían cambiado para siempre, aunque él aún le resultara conmovedoramente familiar, como si se hubieran separado tan sólo ayer.

Ricardo le acarició la mejilla con la última florecilla de tomillo.

—Si es Jorge el que te ensombrece el semblante, Ana, tranquilízate. No volverá a molestarte. Yo me encargaré de ello, *ma belle*. Te lo prometo.

Ella meneó la cabeza, cogió la flor y apoyó los dedos en la mano de Ricardo.

—No, no era Jorge. Sólo... recordaba. —Él le estrujó la mano y ella jadeó—: Yo no quería casarme con Lancaster, Ricardo. No quería. Traté de resistirme. Pero no tuve la fuerza suficiente. No podía contradecir a mi padre por largo tiempo...

Había muchos temas que no habían tocado ese día. Por acuerdo tácito, se habían concentrado sólo en los colores más brillantes, se habían aferrado a la ilusoria seguridad de las remembranzas de Middleham. Ninguna explicación, sólo una invitación al recuerdo. Y de pronto ella invocaba al espíritu más peligroso de todos, invitaba a Eduardo de Lancaster al jardín para que la reclamara como esposa, como aspirante a reina.

Ricardo parecía tan desdichado como ella ante esa intrusión de Lancaster en el refugio de ambos. Ella notó que él fruncía el ceño, y le tocó los labios para silenciarlo.

—No, Ricardo... ¿No podemos olvidar que dije eso? No era mi intención, de veras. No quiero hablar de Lancaster. Ni ahora ni nunca. Sólo quiero olvidar.

Él estaba tan cerca que sólo podía tener una intención en mente. Ana aguardó, sin aliento, y luego sintió los dedos en la garganta, aca-

riciándola, atrayéndole el rostro. Se dejó besar y, tímidamente, lo rodeó con los brazos mientras él la estrechaba con más fuerza.

Él no fue tan tierno como esa mañana. Su boca era más insistente, y Ana entreabrió los labios. De todo lo que había tenido que soportar como esposa de Eduardo de Lancaster, lo que más odiaba eran sus besos, odiaba la penetración de la boca aún más que la del cuerpo. Durante la cópula, al menos podía tratar de aislar la mente, pero no había manera de escapar de la violación de la boca, y sólo tragando convulsivamente podía no sofocarse ante el embate de su lengua. Se tensó cuando Ricardo la besó, y sintió un dulce alivio cuando no experimentó esa conocida repulsión. ¡Cuán tonta había sido! ¿Cómo había imaginado que sería igual con Ricardo? Ricardo, a quien había conocido y amado toda la vida. Su cálida boca tenía un grato sabor a menta. Se relajó y por primera vez en su vida aceptó besos que no eran una imposición.

Cerró los ojos, sintió la boca de él en las pestañas, los párpados, la garganta. Aspiró una bocanada de aire con fragancia a lilas y tréboles y apoyó la mejilla en el pecho de Ricardo. La tensión se disipaba, ya parecía formar parte de un pasado ajeno. Le resultaba asombrosamente agradable estar a solas con él en la cálida oscuridad del jardín, ser abrazada, tocada, acariciada, oír su nombre susurrado en su cabello.

No supo cuándo todo empezó a cambiar. Quizá cuando empezaron a cambiar los besos; ahora eran más fogosos, más exigentes. El cuerpo de él estaba duro, súbitamente extraño. Se le había acelerado la respiración; ella resollaba mientras intentaba superar esa súbita sensación de ahogo, ingratamente similar a la espantosa sensación de encierro que le provocaba Lancaster cada vez que la estrechaba.

Ya no abrazaba a Ricardo, le apoyaba las manos en el pecho, pero no sabía cómo expresarle su renuencia, la renovación de su temor. Él murmuraba palabras cariñosas que Ana no entendía, pues no podía serenarse para oír lo que él decía, sólo oía su voz contra la oreja, un murmullo apremiante.

Ahora él le acariciaba los senos; sus manos eran cálidas, como la boca y la voz. Era mucho más tierno que Lancaster, y parecía tan empeñado en estudiar su cuerpo como en reclamarlo. Pero ella sabía que esa tranquila ternura no duraría. Sabía lo que seguiría inevitablemente. Lancaster se lo había enseñado. Sus besos se volverían más húmedos, más profundos. Como los de Lancaster. La acariciaría con creciente impaciencia, brusco, ávido, sólo interesado en su propio placer, ese placer urgente y masculino que ella no comprendía ni compartía. Como Lancaster. Y después la miraría con ojos intrigados e insa-

tisfechos. No le reprocharía su falta de respuesta, ni la acusaría de frigidez, como había hecho Lancaster. No sería necesario; sus ojos lo dirían todo.

Retorciéndose súbitamente, apartó la boca.

—¡No, Ricardo, no! ¡Suéltame!

Ricardo la soltó enseguida, tan abruptamente que ella tuvo que apoyarse en una rama para conservar el equilibrio. Él estaba azorado por el rechazo, por la violencia de su negativa, pues aún estaba embelesado por ese sabor y ese contacto. Sus pasiones anteriores no lo habían preparado para esa necesidad intensa y embriagadora que le despertaba Ana. Nunca había deseado nada en la vida como deseaba a esa muchacha, quería adueñarse de su cuerpo suave y fragante, ver esa cascada de cabello castaño derramándose en su almohada, hallarla a su lado al despertar. Un hambre que sólo ella podía saciar. Un hambre que ella no compartía.

—Lo lamento —dijo envaradamente—. No era mi intención... aprovecharme de ti.

—¡Ricardo, no digas eso! —respondió ella con voz trémula, al borde de las lágrimas—. No me debes ninguna disculpa. No hiciste nada malo. Y yo no quería rechazarte. No es eso. Es que... —Desvió la vista, se refugió en la sombra protectora de un fresno blanco—. Tenía miedo. Si quieres la verdad, ahí la tienes. Tenía miedo.

Le ardía la cara, y apoyó la mejilla en el musgo húmedo y espeso que cubría el flanco del árbol como una alfombra verdosa. Esa frescura no le ayudó; aún sentía un hervor en la sangre, quemándole la piel por dentro.

—Ana... —Ricardo se le acercó, pero no intentó tocarla, ni sabía qué decir. Sus emociones eran tan confusas que no atinaba a entenderlas. El alivio infinito y abrumador de saber que había interpretado mal su renuencia. Celos y una furia amarga y fútil, pues el objeto de su enfado estaba más allá de toda represalia, nunca podría rendir cuentas por la herida que le había infligido a Ana. Ante todo, un súbito caudal de ternura que nunca había sentido por nadie, ni siquiera por Kate—. Ana, lamento no haberlo entendido. Sé que no quieres hablar de Lancaster, y a decir verdad yo tampoco. Pero quiero que sepas que nunca te haría daño. Nunca, amor mío. —Le tocó la mejilla, en una caricia tan incierta como gentil, y se alivió cuando ella volvió la cabeza y le rozó los dedos con los labios.

—Lo sé, Ricardo —susurró—. De veras que lo sé.

—Ana, hay algo que debo decirte. Tenemos que ser sinceros, y quiero que sepas que entenderé si... si esto te contraría. —Ella abrió enormes ojos, súbitamente asustada, y él se apresuró a añadir—: Sabes que yo comandé la vanguardia de Ned en Tewkesbury, y él fue muy

generoso después, y me invitó a pedir la recompensa que quisiera. Ana, le pedí Middleham.

—¿Y creías que eso podía contrariarme? —Ana lo miraba con asombro—. Ricardo, ¿cómo se te ocurre? Sabía que Middleham sería confiscado. Eso nunca estuvo en cuestión. Y nadie me parece más indicado para ser el dueño. ¡Nadie! Sé que amas Middleham, pues fue tu hogar.

—Y el tuyo —murmuró Ricardo. Ansiaba besarla, pero no lo hizo. En cambio, le asió la mano—. Ven, te llevaré de regreso.

Una expresión extraña cruzó la cara de Ana, nostálgica y amarga a la vez.

—Ojalá pudieras —susurró.

Ricardo se había acostumbrado a que su hermano lo convocara sin previo aviso a cualquier hora del día o de la noche. Lo halagaba esa prueba tangible de la confianza que Ned depositaba en su discernimiento, pero no esa noche. Esa noche no quería estar en la estancia de Ned mientras su hermano hacía un prolongado relato de su reunión vespertina con el alcalde Bette.

Un sirviente de Eduardo se inclinó sobre Ricardo con una jarra de plata, y él asintió, y cogió la copa en cuanto la llenaron. Hasta ahora el vino no había ayudado demasiado, pero ayudaría si apuraba unos cuantos tragos. No recordaba la última vez en que se había sentido tan dolorido. Aunque se resistía, tendría que ver al médico de Ned, pues si no le daban algo para calmar el dolor permanecería en vela hasta el alba. Aun así, para ser franco consigo mismo, la mayor incomodidad no se originaba en el brazo. Hacía años que no sufría las incómodas secuelas del deseo frustrado; se había olvidado de ese espantoso malestar. Se preguntó si era demasiado tarde para remediarlo. Eran casi las diez; las posadas ya debían de estar cerradas. Una ciudad del tamaño de Coventry debía de tener unos cuantos burdeles. Pero no quería una prostituta. Quería a Ana.

Eduardo comentó que se proponía quitar a la ciudad su espada cívica, y Ricardo masculló su asentimiento. ¿Por qué cuando estaba con Ana ni siquiera recordaba que tenía brazo, y ahora tenía la impresión de que se lo estaban asando?

Encontró cierto alivio en maldecir en silencio a su hermano ausente, pero no demasiado. Jorge no era el único necio de la familia. ¿Cómo podía haber sido tan ciego? Ella tenía miedo... ¿Por qué no lo había previsto? Tendría que haberlo sabido, tendría que haber estado mejor preparado para eso. ¿Pero cómo un hombre podía haber maltratado a Ana, tan frágil e indefensa? Lastimar a Ana era como lanzar un gerifalte en pos de una mariposa. Bebió de nuevo, llamó al criado.

¿Y si él no podía vencer ese temor? Ella había dicho que sólo quería

olvidar. ¿Y si no podía? Él nunca había tratado de llevarse a la cama a una mujer reacia. Estaba acostumbrado a amantes fogosas como Kate y Nan, y a prostitutas expertas. ¿Cómo lograría vencer los temores de una muchacha que sólo conocía lo peor que un hombre podía enseñar a una doncella? Paciencia. Tanta paciencia como le permitiera su necesidad. ¿Sería suficiente? Era una pena que no pudiera pedirle consejo a Ned sin preguntarle abiertamente. Por lo que había visto en el último año, su hermano no era dado a acostarse con una mujer que no estuviera tan excitada como él, pero debía de haber tenido alguna experiencia en superar las aprensiones de vírgenes tímidas. Ricardo sospechaba que Ned lo sabía todo en lo concerniente a los apetitos carnales, o por lo menos aquello que valía la pena saber. Pero no podía hacerle esa pregunta sin delatarse.

—Ahí tienes, Dickon. Si no pueden pagar los diez mil marcos el mediodía del lunes próximo, instalaremos una horca en Cross Cheaping y...

—¡Diez mil! Horca... Ned, ¿de qué...? —Ricardo prestó atención, pero demasiado tarde. Esperó pacientemente a que Eduardo dejara de reírse de él—. *Mea culpa*. Confieso que no estaba escuchando. ¿Qué medidas decidiste tomar contra Coventry?

—Declaré nulas las libertades de la ciudad y accedí graciosamente a que se reivindicaran mediante el pago de quinientos marcos. Luego me dejaré persuadir de aceptar sólo trescientos, y se considerarán muy afortunados; mucho más que si yo no les impusiera ninguna pena. —Ricardo rió, pero calló abruptamente cuando Eduardo dijo—: Ahora, bien, ¿quieres escuchar un consejo?

—No —respondió Ricardo, y Eduardo sonrió, sin dejarse disuadir.

—Lo escucharás de todos modos. Es evidente que has tenido alguna diferencia con tu prima, pues de lo contrario no estarías cavilando como un hombre que espera la visita del ángel de la muerte. Mi consejo es el siguiente: dale tiempo a esa muchacha. Todo su mundo se ha desmoronado en poco menos de un año. Permite que se reconcilie con todo.

Ricardo se había preparado para lo peor, sabiendo que el humor de su hermano era imprevisible, y sabiendo que Eduardo solía mirar a las mujeres como un cazador avezado que busca una presa elusiva. Las palabras de Eduardo eran tan sensatas, y estaban tan lejos de la broma soez que había temido, que terminó por preguntarle:

—¿Qué sugieres, entonces?

—Yo la enviaría a Londres, para que esté con Isabel. —Viendo que Ricardo se disponía a protestar, Eduardo se apresuró a añadir—: Estuve observando a tu Ana a la mesa. Cuando ella te mira, su corazón aflora en sus ojos, como si pudieras hacerte humo con sólo perderte de vista por un instante. Pero también revela que la han maltratado. Ne-

cesita tiempo para asimilar que está libre de Lancaster. También necesita tiempo para convencerse de que todavía la amas. Déjala al cuidado de su hermana por un tiempo, hermano. No será una separación muy prolongada. También nosotros estaremos en Londres dentro de un par de semanas.

Al cabo de un largo silencio, Ricardo asintió con renuencia.

—Lo que dices tiene sentido —concedió, pues pensó que también él necesitaría tiempo para analizar sus sentimientos por Ana.

Desde la infancia, había dado por sentado que Ana y él se casarían; la semilla plantada por Warwick había echado raíces tan gradualmente que no recordaba un momento en que no hubiera esperado desposar a Ana. Tenía mucho sentido, después de todo. Ana era bonita, dulce, y una heredera. Sería una esposa sumamente apropiada, y esa unión complacería a dos hombres que él quería complacer, sus primos Neville. Pero sólo había comprendido cuánto la amaba cuando Ana fue prometida a Lancaster.

Ricardo se acomodó en el asiento, trató en vano de encontrar una posición que le aliviara el dolor del brazo. Remover el pasado era inútil. Lo importante eran sus sentimientos de ahora. Si Ana lo amaba, él debía estar seguro de sus propios sentimientos. De nada serviría que ella le entregara su corazón y luego él descubriera que ella sólo le provocaba nostalgia y deseo teñidos de piedad. No creía que fuera así, pero debía estar seguro. El miedo que ella había demostrado esa noche lo había conmocionado profundamente. Pero sabía una cosa: no toleraría que volvieran a lastimarla.

—Confío en que el doctor De Serego haya visto ese brazo. Sé que escapas de los médicos como un caballo asustadizo escapa de las cullebras, pero se podría infectar si no te cuidas. ¿Lo has consultado, Dickon?

Este abrupto interrogatorio no sorprendió a Ricardo, que en cierto modo se lo esperaba.

—¿Quién te lo contó? —preguntó con resignación.

—¿Quién no me lo contó? —replicó Ned.

—Todos son buenos samaritanos —rezongó Ricardo, y Eduardo se encogió de hombros.

—¿Qué esperabas, Dickon? Lo que me sorprende es que no hayas previsto esto. Los síntomas estaban presentes, al menos desde Windsor.

—¡Por Dios, Ned, no te regodees!

Eduardo lo miró con aire ofendido.

—Te aseguro que no era mi intención. —Al cabo de un instante, arqueó las comisuras de la boca—. O tal vez sí. ¿Puedes culparme por ello? Con una sola excepción, no hay tentación más dulce que la de recordar a los demás nuestras advertencias.

—No le veo la menor gracia, Ned, a lo que ocurrió esta tarde —dijo Ricardo friamente, disponiéndose a levantarse.

Ned le pidió que se quedara sentado con un gesto. Era un experto en tonos de voz, y había detectado una connotación de dolor bajo el lustre superficial del enfado. Dejó de sonreír.

—Tienes razón, Dickon. No tiene la menor gracia. En absoluto. Mira, confieso que encuentro cierta satisfacción en que veas a Jorge con mis ojos. Pero no me complace tu dolor, muchacho. Y te entiendo. Siempre fuiste el que defendió a Jorge. Sólo Meg era más ciega que tú a sus defectos. Tú tienes más derecho que nadie a esperar su buena predisposición.

Era precisamente como se sentía Ricardo: traicionado. Hizo una mueca.

—¡Si cuento con su buena predisposición, Dios me libre de su hostilidad!

Ahora estaban a solas; Ricardo cogió la jarra, sirvió vino para ambos.

—No logro comprenderlo, Ned —confesó—. ¿De veras cree que yo quiero las tierras de Warwick, no a Ana? ¿Tan poco me conoce?

—En cuanto a tu primera pregunta, no es preciso que lo crea. Para Jorge, basta con sospechar. En cuanto a la segunda pregunta, no creo que pueda aceptar algo que para él resulta incomprensible, y es que el dinero te motiva tan poco. Recuerda, Dickon, que la codicia de Jorge es insaciable.

—Sí, pero... —Ricardo calló tan abruptamente que Eduardo alzó la vista sorprendido, vio que Ricardo miraba hacia la puerta. Se giró en el asiento justo cuando entraba Jorge.

Cuando Jorge se retiró del salón, su furia ya no era pura, sino que estaba diluida en una turbia mancha de vergüenza. Nada había salido como él quería. No se proponía alimentar las habladurías con una escena que complacería a quienes lo odiaban. Tampoco se proponía dañarle el brazo a Dickon. Recordó que Ned le había hablado del brazo, diciéndole que Dickon lo había vuelto a inflamar con sus esfuerzos en el combate del último sábado. Pero lo había olvidado por completo. Sólo podía pensar en que Dickon era un entrometido que lo ponía en ridículo ante una veintena de testigos. Dickon debía saber que no había sido adrede. Pero lo carcomía la incertidumbre, alimentada por el recuerdo de la mirada acusadora e incrédula de su hermano.

Deseaba que ese desagradable topetazo no se hubiera producido, y por primera vez en su vida adulta deseó disculparse. Se sintió un poco mejor después de tomar esa decisión, y al cabo tuvo otra idea, al principio sorprendente por su novedad, pero aun así interesante. ¿Por qué no hablarle a Dickon, abierta y francamente, sobre las tierras? Dickon

era justo en todos los asuntos que no se relacionaran con su maniaca e irracional lealtad a Ned. Tal vez pudiera convencerlo de que no era justo. Él no necesitaba las tierras de Warwick y Beauchamp. Ned llenaría sus arcas de plata, le permitiría escoger entre las fincas entregadas por los rebeldes lancasterianos. Era improbable que Ned compartiera esas tierras con Jorge, que sólo tenía las propiedades de los Neville. No era justo que Dickon las codiciara también. En absoluto.

Pero el impulso conciliador de Jorge sufrió un duro revés cuando vio a Eduardo y Ricardo sentados como dos conspiradores empeñados en excluirlo de su confianza y su compañía. Aun así, se atuvo a su decisión, incluso esbozó una sonrisa aceptable.

—Espero que no te hayas tomado a pecho nuestro altercado de esta tarde, Dickon.

—Lo tomé tal como vino —dijo Ricardo, con una hostilidad glacial que habría bastado para extinguir el ánimo conciliador de Jorge tal como si le hubiera derramado la copa de vino encima.

—Entiendo —dijo Jorge. Claro que entendía. Echó una ojeada a Eduardo, y logró pillar un destello irónico—. Debí saber que no tardarías en acudir a Ned con tus gimoteos.

—¡Empiezo a creer que lo que tú sabes se podría inscribir en la cabeza de un alfiler, y todavía sobraría espacio! —rezongó Ricardo.

Eduardo se apresuró a intervenir.

—¡Basta, ambos! —Ya no le veía la gracia a esta situación. Una cosa era que Dickon calara a Jorge, pero no le gustaba en absoluto que tuvieran un entredicho grave. Con su primo Warwick había visto muy bien los peligros que engendraba el descontento—. Dickon no me vino con cuentos, Jorge. Me extraña que no lo conozcas mejor. Supongo que tienes algo en mente. Bien, sugiero que te sientes y te escucharemos.

Jorge se sentó.

—Mira, Dickon, en cuanto al brazo... —barbotó, al cabo de un incómodo silencio—. Fue mala suerte, nada más. —Ricardo no respondió y Jorge se sintió incómodo, y al fin tuvo que ofrecer—: Si quieres que te pida disculpas...

—Te diré lo que quiero de ti, Jorge. Quiero que te mantengas alejado de Ana, que no te metas en su vida. ¿Está claro?

Ahora el enfado de Jorge era mayor, porque estaba convencido de que había hecho todo lo posible para enmendar la situación.

—Olvidas que Ana es mi cuñada y que a Bella no le agradaría el modo en que has acariciado a su hermana a la vista de todos. Menos aún le gustaría oír lo que se murmuraba este mediodía en el salón: que si Ana no puede ser la reina de Lancaster, está muy dispuesta a ser la ramera de Gloucester.

Ricardo cerró convulsivamente la mano sobre la copa. Pero cuando se disponía a arrojar el vino a la cara de su hermano, sintió que Eduardo le aferraba la muñeca.

—Cuidado, Dickon, casi derramas la bebida. Verás, Jorge, tu conmovedora preocupación por el honor de tu cuñada está fuera de lugar. Hace un rato Dickon y yo convinimos en que lo mejor para la muchacha sería ir mañana a Londres para estar con Isabel.

—¿De veras? —Jorge los miró boquiabierto y se volvió a Ricardo con una sonrisa radiante—. ¡No sabes cuánto me alivia, Dickon! Después de todo, tengo obligaciones hacia esa muchacha, ¿no te parece?

Ricardo no estaba complacido con la intervención de Eduardo.

—Creo que Ana necesita a Bella, y en eso he coincidido —se apresuró a decir, dispuesto a borrar esa sonrisa triunfal de la cara de Jorge—. Sólo por ese motivo. Pero te diré una cosa, Jorge, y será mejor que prestes atención. Permanecerá en el Herber sólo hasta el día en que se queje de la primera descortesía que tengas con ella, por leve que sea.

—No soy hombre que maltrate a las mujeres, Dickon. Me ofende que lo insinúes.

—Sólo procura ser amable con ella, Jorge. No sólo porque es tu cuñada y pariente de ambos, sino porque me propongo desposarla, y más vale que lo tengas presente.

Esto no era del todo cierto; Ricardo aún no estaba seguro de la índole de sus sentimientos por Ana. Pero ahora sabía lo que sentía por Jorge: una furia que no había sentido nunca, tan grande que ansiaba herir, asestar el golpe donde más doliera. Vio que lo había logrado con creces.

Jorge quedó momentáneamente atónito ante esta alarmante confirmación de su mayor temor.

—¡Sangre de Cristo! —atinó a exclamar con voz estrangulada—. ¡No puedes decirlo en serio! ¿Tanto codicias Middleham que estás dispuesto a aceptar las sobras de Lancaster con tal de reclamar esa propiedad?

Para ser un hombre corpulento, Eduardo podía moverse con sorprendente celeridad. Aunque Ricardo era rápido, él lo era más. Cuando Ricardo embistió, Eduardo lo empujó contra la silla y lo retuvo bruscamente.

—Calma, muchacho —dijo Eduardo para tranquilizarlo, pero valiéndose de todas sus fuerzas para mantener a Ricardo clavado en la silla.

Ricardo no podía contra su fornido hermano, y para colmo había forzado el brazo herido. El súbito dolor le despejó la cabeza. Dejó de resistirse. Eduardo lo soltó, volvió sus ojos claros e insondables hacia Jorge.

—Amén del pésimo gusto de ese comentario, Jorge, está lejos de ser atinado. Dickon no necesita a Ana Neville para reclamar Middleham.

Jorge, que se había quedado perplejo ante la violenta reacción de Ricardo, se volvió hacia Eduardo.

—¿Qué quieres decir, Ned?

—Creo que está bien claro. Middleham le pertenecía a Warwick, no formaba parte del patrimonio de los Beauchamp. Eso significa que ahora pertenece a la corona; a mí, Jorge, para hacer como me plazca. Y me place dársela a Dickon.

—¡Ned, no puedes! ¡No es justo!

—¿No? Respira hondo, hermano Jorge —se mofó Eduardo—, porque Middleham es sólo una parte de la dádiva que pienso otorgarle. De las tierras que Warwick poseía en el norte, Penrith y Sheriff Hutton también serán para Dickon.

—¡Maldito seas, no puedes! —exclamó Jorge con voz trémula—. No lo permitiré. Esas tierras me pertenecen legítimamente.

Sólo se requería una chispa para inflamar el temperamento de Eduardo, y ahora estalló.

—Te aconsejo que frenes la lengua —advirtió—. Quizá deba recordarte que hoy tienes lo que tienes gracias a mi tolerancia.

Jorge jadeó, dio un golpe a las copas de vino y la jarra, las hizo girar de un manotazo. Ricardo y Eduardo se pusieron de pie. Eduardo miraba con incredulidad las manchas de vino que tenía en las calzas.

—Si pensara que lo hiciste adrede... —Eduardo rodeó la mesa con tal rapidez que Jorge retrocedió un paso. Pero se plantó donde estaba.

—Ned —graznó—, no puedes hacer esto. No puedes.

Eduardo había recobrado la compostura. Abrió un puño, cogió una muñeca de Jorge en un apretón que dejaría magulladuras.

—Si debo perder tiempo en enseñarte lo que puedo y no puedo hacer, Jorge, te prometo que no será una lección que te agrade.

Jorge se zafó, abrió la boca. Amargas acusaciones le quemaban la lengua, pero las palabras se le atoraron en la garganta, mientras su cuerpo reaccionaba con instintiva comprensión ante lo que veía en los ojos de su hermano, una pequeña llama que medía, evaluaba, hacía una promesa que era una amenaza.

Giró sobre los talones para irse, pero la voz de Eduardo lo inmovilizó, un sonido perentorio donde vibraba la autoridad.

—No os oí pedir mi venia para retiraros, milord Clarence.

Moviéndose espasmódicamente, como un títere con los hilos enredados, Jorge logró acercarse y rozó con los labios el anillo de coronación de su hermano, incrustado en un resplandor de rubies rojos como la sangre.

—¡Por Cristo Jesús, creo se le ha agusanado el cerebro! —rugió Eduardo, volviéndose hacia Ricardo—. Nunca entenderé qué lógica estafalaria y retorcida lo guía, pero nunca he visto a un hombre tan ansioso de condenarse.

Despotricó un rato más, pero su furia ya se enfriaba; empezaba a ver el problema que le planteaba la intransigencia de Jorge. Sabía que Jorge era capaz de cualquier locura. Era intolerablemente irritante, arteramente estúpido, y deseaba tierras como otros hombres deseaban mujeres. Pero además era peligroso. Lo había demostrado más de una vez.

Habría que darle algo, comprarlo de algún modo. O separarle la cabeza de los hombros. Si supiera que sólo un palmo lo separaba del tajo del patio de la Torre. ¿Pero comprarlo con qué? Dickon se conformaría con Middleham y nada más. Pero lo preocupaban sus necesidades, no las de Dickon. Quería que Dickon defendiera el norte. Eso era más importante que todo lo demás. Un hombre de confianza debía mantener la paz en las comarcas que estaban al norte del Trent. Eso significaba que Dickon también debía poseer Sheriff Hutton. Aspiró bruscamente. Soltó el aliento muy despacio. Quizá fuera conveniente que la condesa de Warwick se hubiera recluido en la abadía de Beaulieu.

Miró con repulsión las copas de vino desparramadas, lanzó otra imprecación.

—Lo que viste esta noche —vociferó— es sólo un anticipo de lo que Jorge te ofrecerá si en efecto deseas desposar a tu prima Neville. Si quieres que sea tuya, huelga decir que te respaldaré. Pero, gústeme o no, no puedo encerrar a Jorge en la Torre porque codicia tierras que no son tuyas. Así que te pediré lo siguiente. Asegúrate de que amas a esa muchacha, y de que ella vale todos los trastornos que tendrás que afrontar para conseguirla. Sólo asegúrate de ello, Dickon.